

DOS HISTORIADORES, DOS HISTORIOGRAFÍAS

BALANCE HISTORIOGRÁFICO CHILENO. El orden del discurso y el giro crítico actual.
Luis de Mussy (Editor), Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007¹

SOFÍA CORREA SUTIL

En base a la presentación que hicéramos del libro *Balance Historiográfico Chileno*, editado por Luis de Mussy en 2007, se analizan dos de los artículos allí contenidos, el de Gabriel Salazar “Historiografía chilena siglo XXI: transformación, responsabilidad, proyección”, y el de Alfredo Jocelyn-Holt “Balance historiográfico y una primera aproximación al canon”. A pesar de las evidentes diferencias entre ambos historiadores, que aquí salen a la luz, se propone también en esta reseña algunas coincidencias entre ellos, no siendo menor la del sentido que para ambos tiene el cultivo de la disciplina histórica.

¹ Este texto se basa en la presentación que hiciera de este libro en la Universidad Finis Terrae el 25 de junio de 2008

Este libro, que ha sido poco comentado y poco conocido desde que se publicara en 2007, se lo debemos a la preocupación de Luis de Mussy por visibilizar “algunas *prácticas* historiográficas del Chile actual”, para así poder realizar “una suerte de historia intelectual de la historiografía chilena” (p.12), tema que aborda, por lo demás, en su tesis doctoral. Ello requeriría a su juicio, “la identificación parcial de los contornos del “orden del discurso” de la historiografía chilena actual”, es decir, el reconocimiento de los “sistemas de representación, categorías intelectuales, formas retóricas y aparatos teóricos” que sostienen los intentos “de reconstitución del pasado.” (p.13). El razón más profunda de esta búsqueda está en la pregunta por nuestro sentido como comunidad, o cuál es “la comunidad de sentido”, nuestro “pasado en común” que nos permita proyectarnos a un “futuro compartido”, o “proyecto social incluyente” (p. 30). Una pregunta de la mayor relevancia, sin duda.

Para responder estas inquietudes Luis de Mussy organizó un ciclo de conferencias en la Universidad Finis Terrae, donde estudió inicialmente y que luego lo acogió en su cuerpo académico. En este ciclo, a cada expositor se le solicitó presentar una interpretación de la historiografía chilena de los siglos XIX y XX, para así “discutir públicamente las variantes que hoy hacen de la historiografía chilena una disciplina en pleno y sostenido estado de revisión.”(p.12) Fueron cuatro los invitados a exponer y a publicar en este libro, a saber, siguiendo el orden escogido por su editor, Alfredo Jocelyn-Holt, Cristián Gazmuri, Gabriel Salazar y Miguel Valderrama. No obstante, en este comentario analizaré sólo las propuestas historiográficas de Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt, pues en la reflexión de cada uno podemos identificar lo que Luis de Mussy llama los “contornos del orden del discurso” y asomarnos a cómo ellos perciben la “comunidad de sentido” que nos pueda orientar hacia un “futuro compartido”.

El artículo de Gabriel Salazar se titula “Historiografía chilena siglo XXI: transformación, responsabilidad, proyección” (pp.95-167). Su idea central es que la sociedad es histórica porque tiene un presente “*saturado de historicidad*” (p. 102), historicidad que apela no sólo a un pasado que pesa, sino a un presente constituido por decisiones que producen hechos, es decir, futuro. En otras palabras, la historicidad conjuga los tres tiempos de la humanidad. Esta misma idea, mirada desde otro ángulo le permite afirmar que la sociedad, entendida como los ciudadanos comunes y corrientes, es el sujeto histórico por excelencia; la sociedad es dueña de la historia; la sociedad es “la historia misma”. (p. 105)

De allí entonces se deriva que el trabajo del historiador tiene que vérselas con estos tres tiempos, simultáneamente, y con la sociedad como sujeto, a la vez que él inserto en ella; tiene que relacionarse con un pasado que hay que descifrar, es decir descubrir sus hechos, pero sobre todo, sus sentidos proyectados hasta el presente. También el historiador tiene que involucrarse con un presente sobre el cual hay que actuar, no sólo en calidad de ciudadano, sino en la calidad misma de historiador al orientar a los actores sociales para que puedan fundamentar eficazmente “*sus decisiones históricas* sobre el presente y/o futuro”. El historiador tiene que vérselas, además, con un futuro que está construyendo junto a “los actores sociales y la ciudadanía”, al ejecutar “la voluntad histórica (soberana) de la sociedad (o la mayor parte de ella)” produciendo hechos históricos “para el tiempo presente/futuro”. (p. 101)

Por tanto, aunque el presente puede ser estudiado por las ciencias sociales, también tiene que hacerlo la “ciencia histórica” puesto que es ella la que se hace cargo de su historicidad. Ahora bien, la “ciencia histórica” tiene que estudiar el presente desde la inter-subjetividad, es decir con los actores sociales que están construyendo presente y futuro, reconociendo “el *poder cognitivo real* de los ciudadanos vivos comunes y corrientes.” Es decir, reconociendo que éstos, y el historiador con ellos, pueden “*producir conocimientos*”, además de “*producir hechos y procesos históricos*.” (p. 105)

En esta trenza de los tres tiempos en juego simultáneo y permanente, la historia de Chile, al igual que su historiografía, se desenvuelve en una dialéctica de vencedores y vencidos (o perdedores), porque la historiografía, al igual que la historia, es poder. “En especial, la Historia de Chile ha sido una disciplina que, de un lado, se ha desarrollado como ciencia oficial legitimadora de los vencedores, y de otro, como ciencia crítica, extraoficial, de los perdedores”. (p. 117).

Vencedores son los portalianos y perdedores los pipiolos, prolongados en sus correspondientes historiografías hasta, quizás, hoy mismo, y representadas en su tiempo por Barros Arana, vencedor, y Pedro Félix Vicuña, perdedor. Vencedores son los mercantilistas/oreros/monetaristas/ y perdedores son los proteccionistas/papeleros/desarrollistas. Vencedores son los liberales y perdedores son el pueblo.

Si bien la historia de los vencedores se convirtió en “la Historia (o Memoria) oficial” de Chile (p. 119), ésta no sería capaz de mostrar cuáles son los problemas de fondo de la sociedad chilena. Por otra parte, la ciencia histórica y la ciencia social de los perdedores tampoco habría podido, hasta ahora, producir conocimientos pertinentes para resolver los problemas históricos de la sociedad, porque no se habría sumergido en la historicidad del pueblo para hacer ciencia. Por tanto, la sociedad chilena ha sido mal estudiada, desde siempre, y en consecuencia la acción sobre el presente habría fracasado en su intento de resolver los problemas sociales que se arrastran por siglos.

Hoy en día, sin embargo, asegura Salazar, la historiografía de los perdedores estaría en una situación prometedora, pues poseerían una nueva epistemología capaz de superar la dialéctica de vencedores y vencidos, de la historia y de la historiografía [¿o talvez volver vencedores a los vencidos y viceversa?]. Esa nueva epistemología sería la Historia Social, así con mayúsculas. Su característica más peculiar es que trabaja en los tres tiempos y por tanto recoge y se deja interpelar por la memoria popular como fuente de producción de conocimiento, y de producción de hechos históricos, en los tiempos del presente y futuro. De allí, por tanto, la centralidad que ha adquirido la memoria en el trabajo historiográfico.

La Historia Social se estaría haciendo en la universidad, pero también, y sobretodo, a partir de una “demanda cognitiva” que “se ha hecho sentir ... en los talleres, encuentros, jornadas y eventos que tienen lugar profusamente hoy en comunas, poblaciones, centros culturales juveniles, talleres de mujeres y en los departamentos municipales encargados del desarrollo social y la participación ciudadana ...” (p. 134). De allí su interdisciplinariedad, pues la sistematización de esta demanda cognitiva la ha hecho la Historia Social junto con la sociología, la psicología social y comunitaria, la educación popular, el trabajo social. Lo que se propone, entonces, es un nuevo

“paradigma cognitivo” que se construye sobre “la interacción, la intersubjetividad y la auto educación. ... Podría decirse que es el paradigma cognitivo de un movimiento social en formación y desarrollo.” Es “el paradigma cognitivo de los perdedores.” (pp. 160-161)

De modo que, siguiendo a Salazar, sólo la Historia Social podrá ser ciencia, capaz de comprender la profundidad de los sentidos del pasado, es decir, capaz de producir conocimientos pertinentes para resolver los problemas de la sociedad, que son problemas de profundidad histórica. Sólo la Historia Social podrá ser la ciencia capaz de actuar eficazmente en el presente para construir un futuro que se haga cargo de los problemas que arrastra la sociedad chilena desde los tiempos de la conquista.

No obstante, la Historia Social, afirma Salazar, “hasta ahora no ha configurado una propuesta consistente (en términos de un nuevo proyecto histórico de la ciudadanía), como tampoco ha generado en torno suyo un debate público de connotación política super-estructural.” (p. 136) En la oposición dialéctica entre una historiografía de vencedores y una historiografía de perdedores, la Historia Social, se enfrentaría “al bloque intelectual de Centro-Derecha”, o “bloque intelectual oficialista”. La historiografía de los vencedores tendría hoy como referente a un grupo potente de “historiadores conformistas” y “populistas”, quienes podrán plantearse críticamente frente a las políticas de la Concertación, pero no lo hacen frente a “la estructura del modelo”. Señala que “aunque no constituye propiamente una ‘escuela historiográfica’ [Salazar reúne en este grupo a historiadores tan antagónicos como Gonzalo Vial y Alfredo Jocelyn-Holt], sí configura un *poder cultural* en marcha, no de poca monta.” (pp. 136 a 141; 163 a 165)

De allí que, este texto de Gabriel Salazar publicado en 2007, culmine con un decálogo de los desafíos que tendría por delante la Historia Social, para adquirir potencia como instrumento de producción historiográfica y de producción histórica (de hechos y de procesos históricos), y así “colaborar en la construcción de un *poder social y cultural* (popular o ciudadano) con la capacidad necesaria no sólo para deshacerse del modelo de sociedad que domina, sino también para proponer otro modelo, y además para instalarlo (o sea: para construir su propia *verdad* histórica)”. Para que ello sea posible, la Historia Social tiene que asumirse “formando *parte estratégica del paradigma cognitivo de la ‘cultura social’*, aunque puede habitar institucionalmente el paradigma universitario ... lo que implica participar desde diversos planos en los procesos abiertos de la historicidad popular.” (p. 167)

Por cierto, de un tenor muy distinto es el artículo de Alfredo Jocelyn-Holt titulado “Balance historiográfico y una primera aproximación al canon” (pp. 31-74), cuya idea central es que existe un conjunto de verdades sobre el ser humano y el sentido de la vida, y también sobre el sentido del devenir histórico de cada sociedad, verdades que están en una profundidad mucho mayor que el de las apariencias de los hechos, y a las cuales es difícil pero no imposible acceder. Esas verdades es lo que hay que desentrañar para entender la sociedad que nos tocó vivir, dar sentidos a su presente y a su futuro posible, es decir, para encontrar nuestro destino común, que a su juicio, “se expresa a menudo iluminadamente, en utopías y mitos, casi siempre en poesía, cuando la hay.” (p.53) En otras palabras, el conocimiento de estas verdades profundas se da desde una intuición cierta, intuición

racional, pero no se logra por medio de la actividad científica. Esas intuiciones acertadas las tienen los grandes poetas, están en los mitos que construyen las diversas sociedades, y pueden tenerlas algunos historiadores que, reflexionando “a partir de y sobre el pasado”, son capaces de dar con los sentidos profundos, de descubrir a los sujetos históricos, y de reconocer en los mitos su potencialidad para dar luces sobre nuestra humanidad.

De allí la postura historicista de Jocelyn-Holt. Historicismo, cuya verdad profunda, afirma, han tenido que reconocer incluso los historiadores más positivistas como Ranke y Comte. Por eso las citas sorprendentemente historicistas de ambos que como epígrafe dan inicio a su artículo: “La ciencia y la exposición históricas son una misión que sólo puede compararse con la del sacerdote, por muy terrenales que sean los temas sobre que verse... Sobre todo flota el orden divino de las cosas, muy difícil por cierto de demostrar, pero que siempre se puede intuir... El método histórico, que sólo busca lo auténtico y verdadero, entra así en contacto directo con los más altos problemas del género humano...” concluye la cita de Ranke, a la que acompaña la de Comte: “Importa, pues, mucho percatarse de que el verdadero espíritu positivo no está menos lejos, en el fondo, del empirismo que del misticismo ...” (p.31) Significativa concesión que nuestro autor, con razón, destaca.

Sostiene Jocelyn-Holt, “nosotros los historiadores nos enfrentamos, una y otra vez, ante “sentidos” muy potentes, a veces muy elocuentes, que no podemos obviar o descartar. Una suerte de *insight*, intuición o iluminación límite, irreducible, que la crítica histórica, tanto de fuente, o bien, como operación dismitificadora, simplemente no es capaz de falsear”, de refutar o deconstruir. “Cuando esto ocurre a la historiografía sólo le cabe reconocer sus límites racionales, y atender seriamente al “sentido” ahí contenido recurriendo a formas de análisis e interpretación cercanas a la literatura o a la antropología”, o bien, el historiador tendría que trascender, volverse poeta, sumarse a la fuerza del mito, es decir, recurrir a su sensibilidad e imaginación para abordarlos, “casi de manera artística”. (pp. 61-64)

A partir de esta posibilidad de conocer desde la intuición racional los significados compartidos con los cuales puede reconocerse una sociedad, Jocelyn-Holt incursiona en lo que sería el canon de las obras que darían cuenta de los sentidos profundos de la sociedad chilena en el tiempo, en el que se conjugan obras poéticas, pictóricas, musicales, junto con textos históricos. El canon es lo que da cuenta de un orden compartido trascendente, de una comunidad de sentimientos, es lo que ofrece “una visión de conjunto” un “sentido omnicomprensivo sobre Chile”. En él “nos reconocemos como una unidad, una colectividad o comunidad de sentimientos” que existe en el pasado y persiste en el presente. (p.69)

En el canon se produce la conjunción “entre historia, en tanto *insight* o intuición respecto al pasado (que bien puede ser todavía presente), y poesía o mito. Conjunción que, además, permite una comunidad de sentidos que sólo algunos, muy pocos, logran compartir.” (p. 64) Así, el canon reúne por ejemplo (y sólo como ejemplo de las múltiples referencias a que hace alusión Jocelyn-Holt) a Benjamín Subercaseaux con Gabriela Mistral, a Vicente Huidobro con Mario Góngora, a Jaime Eyzaguirre y Pedro Subercaseaux, Alonso de Ovalle con Juan Francisco González, a Gabriel Salazar con Violeta Parra y Víctor Jara, etc. Desde allí cabe, entonces, preguntarse “en qué medida nuestra

historiografía ha hecho una contribución sustantiva, irremplazable, para pensar y pensarnos en este país, a tal punto que, sin la cual, no nos entenderíamos como sociedad.” (p. 32)

El canon comienza con Ercilla. Lo habría intuido Neruda cuando afirma que “Chile es una “invención de Ercilla” (p.39). Jocelyn-Holt destaca en Ercilla “su capacidad de individualizar a un sujeto en particular –el guerrero araucano, el pueblo mapuche en cuanto tipo ideal. Su *insight* clave: haber centrado la “trama” en torno al choque bélico entre iguales con lo cual eleva la trascendencia de la guerra en Chile.” (p. 34) Es la poesía épica, entonces, la que “al inicio” proporciona “un sentido profundo, ineludible, respecto a este país. Un sentido que lo distingue y diferencia amén de proyectarlo en una pantalla más gigante, el de la cultura occidental. Ercilla captó relaciones entre Chile y España y de allí dedujo una serie de ideas fundacionales gracias a las cuales todavía nos ubicamos.” (p. 35)

Esta cita nos lleva a comprender una dimensión particular de la visión historiográfica de Alfredo Jocelyn-Holt, cual es su sentido espacial. Lo que va constituyendo lo específico de Chile a lo largo de su historia, no es una cuestión de “identidad” sino de ubicación espacial, una cierta cartografía que nos permite asumir nuestra situación en relación al desarrollo histórico de Occidente. De allí que plantee, por ejemplo, que en los inicios, las crónicas, las cartas de relación o de petición, “de carácter más bien oficialistas remitidas a la metrópoli a fin de documentar, testimoniar e informar sobre las virtudes de estos territorios y los avances frustrados de la guerra” consistirían en “un trabajo cartográfico muy básico, análogo a lo que podría ser un levantamiento de terreno” (por tanto no podrían dar “una visión de conjunto, un primer sentido omnicompreensivo sobre Chile.”) (pp.33-34)

Por eso, quien sigue a Ercilla en la conformación de este canon de obras lúcidas es Alonso de Ovalle, porque él, en palabras de Jocelyn-Holt, “agregó nuevas coordenadas” a las que ya nos había dado Ercilla, descubrió “un problema singular”, esto es, dio con un sujeto histórico que está aquí y allá, en Chile y en Europa, culturalmente en Europa pero con referencias espaciales en América. Se trata del criollo, que se vuelve “un personaje tan de aquí como de allá”. Nuevamente, insiste en la definición espacial de la condición histórica, al afirmar refiriéndose a “esta situación ambigua del criollo” : “Condición, no tan ontológica como situacional, por lo mismo, histórica.” Esta doble experiencia espacial, que es tanto existencial como temporal, es lo que le permite al criollo una destreza mayor para situarse en tiempos distintos. Para Jocelyn-Holt, “Ovalle es nuestro primer historiador propiamente tal por lo mismo que su obra versa, literalmente hablando, sobre una “histórica relación”. ... Ovalle localiza a Chile en una espacialidad cosmovisual más ambiciosa, que abarca tanto Europa como América, no tanto temática como referencialmente sentida y rememorada a la distancia.” (pp.35-36) Sobre esta profunda relación entre la historia y la dimensión espacial, agrega: “Espacios distintos a un mismo tiempo, distintos tiempos en un mismo espacio: estas coordenadas resumen, en su esencia, la totalidad de la historia europea-americana, la historia “criolla”. Le debemos a Ovalle haber dado con estos dos grandes ejes”. Ovalle, agrega, fue capaz de “captar un orden armónico y proporcional en el escenario natural y espacial donde ha de desenvolverse la historia de este país, en ese entonces y después.” (pp.37- 38)

La lucidez de Ovalle radicaría en su capacidad poética: “tanto más lúcido como historiador cuanto más poética es su manera de tratar e intuir su objeto de estudio asombroso”. Continuando

en esta línea de reflexión, Jocelyn-Holt afirma “que la historia, al menos durante nuestra primera etapa formativa o colonial, es subsidiaria de la poesía. Es la poesía la que nos ubica, sitúa, en nuestros dos mundos –el americano y el europeo- con todas las complejidades espacio-culturales que ello implica”, es decir, localismo y universalidad, “cosmopolitismo cultural adquirido el nuestro, por lo mismo que europeos desplazados a otro lugar de un mapa en proceso de diseñarse, capaz de abarcar nuestra desubicación/ubicación histórica” (p.39). Historia y espacio, insisto; también poesía, intuición poética e historia; esas son las coordenadas propuestas para la comprensión de los sentidos de nuestro devenir.

Pero, el argumento continúa, en los siglos XVIII y XIX “la poesía se bate en retirada”. Se pregunta Jocelyn-Holt: “Si desaparece la poesía, ¿cómo se las arregla la disciplina histórica hasta ahora subordinada a ésta?” (pp. 40-41). A pesar de la aparente hegemonía de la historia en el siglo XIX, con grandes historiadores y una cuantiosa producción, ésta no habría podido dar sentidos, no habría sido capaz de pensar “sobre y a partir del pasado”. El positivismo decimonónico, con su pretensión cientificista, habría esclerotizado la disciplina hasta nuestros días. “De ahí que [los historiadores] confundieran y restringieran la historia a un método de investigación, o bien, sólo repararan en sus soportes o en el puro examen de la documentación disponible en archivos”. (p. 43) Si no fue la historia, lo que en el siglo XIX dio sentidos, fue la política: el republicanismo y el liberalismo, que suponen una filosofía de la historia en torno al progreso, del cual estuvieron imbuidos nuestros “políticos-historiadores” en su pensamiento y en su acción.

De esta crítica a la incapacidad de los historiadores liberales para pensar la historia, proviene su valoración de la historiografía conservadora de principios del siglo XX (Edwards, Encina, Eyzaguirre), que desplazó a la historiografía liberal del siglo XIX. Ellos habrían sintonizado con el orden tradicional autoritario, lo que “les significó por tanto a estos conservadores reorientarse hacia lo que seguía siendo sustancial. Los liberales, en cambio, se ... autoconvencieron erróneamente de que a ese orden autoritario se le había “superado”, esto último en sentido positivista comtiano ascendente porque, supuestamente se habría logrado llegar a una fase civilizatoria y progresista que volvía el autoritarismo anacrónico.” (p. 50)

A diferencia de los historiadores liberales, “la escuela conservadora autonomizó a la historiografía de la *praxis* política” ... “y volvió a poner el acento donde verdaderamente vale: el pensarnos como una sociedad o comunidad enraizada en estos territorios ... que podemos compartir un destino común más allá de nuestras diferencias ideológicas, religiosas o de clase.” (pp. 49, 53) Argumenta Jocelyn-Holt que “la escuela historiográfica conservadora llevó hasta sus últimas consecuencias el propósito de erigir la historia en una suerte de filosofía moral.”(p. 51) Admira en ellos “su capacidad de seducción e impacto en los grupos pensantes y dirigentes de este país, desde la derecha hasta la izquierda más extrema, todos críticos del liberalismo”(p.51); también, su pluma narrativa, su vitalidad que los hermana con la poesía, la que justamente vuelve en gloria y majestad en el siglo XX chileno. No obstante insiste en que discrepa de ellos por su postura nacionalista autoritaria. Jocelyn-Holt aprovecha para definirse como liberal-conservador: “liberal pro-parlamentarista, anti-presidencialista, anti-Estado y anti-nacionalista.” (p. 53)

Finalmente, nos interpela para recuperar la historia, la que “sigue siendo imprescindible”. La historia “como disciplina instrumental, interpretativa, crítica”, que requiere “de revisionismo

historiográfico”, pero de un “revisionismo crítico de sí mismo”, no sectario, “que le devuelva el carácter de “humanidades” a la historia.” (pp. 71-74)

Son muchas las diferencias entre los dos historiadores reseñados. Podría llegar a pensarse que habitan universos paralelos. No obstante, una mirada más aguda nos permite observar perspectivas compartidas.

Si bien en ambos casos estamos ante textos programáticos en el que se ensayan visiones, se extrema el argumento, se provoca al lector, se testean ideas, ello no obstante estamos frente a dos historiadores que no sólo reflexionan sobre el quehacer historiográfico sino que también tienen una producción notable que es consistente con sus posturas epistemológicas. De allí la importancia de estos dos artículos reseñados, pues podemos mirar la producción de Salazar y de Jocelyn-Holt a la luz de lo que nos han propuesto en estos ensayos.

Por cierto, Gabriel Salazar ha buscado rescatar al sujeto popular en su extensa obra, ha jugado con los tres tiempos históricos (perspectiva que también comparte con Jocelyn-Holt), ha incursionado últimamente en la historia política para develar allí esta dialéctica de vencedores y vencidos, y ha aprovechado el Premio Nacional de Historia para hacer visible ante la opinión pública a la Historia Social, intentando desbaratar lo que él considera como “la historia oficial” o historiografía de los vencedores. Su infatigable actividad exponiendo en todos los foros se entiende a partir de su concepción de la Historia Social que él cultiva, definida como “paradigma cognitivo de los perdedores”, la que en tanto epistemología les permitirá superar su condición de perdedores de la historia y del saber histórico.

Por su parte, Jocelyn-Holt ha descartado en su obra el positivismo y el estructuralismo historiográfico, buscando develar los sentidos más profundos del devenir histórico de Chile. Su “Historia General” se aleja de lo convencional en el género, en ella no pretende dar cuenta de la multiplicidad de acontecimientos o procesos del pasado (para su perspectiva, no habría diferencia mayor entre acontecimientos o procesos), sino develar los sentidos, desde la profundidad de la cosmovisión indígena, desde una geografía inconquistable, desde las referencias culturales del europeo trasladado, desde el criollo asentado, en el continente dominado, en la tierra, en la hacienda, la que lo convierte en señor, en amo, en patricio. Ha tomado el mito por las astas, no sólo en la Historia General, sino también en su ensayo sobre Portales bajo la referencia obsesiva al orden, y en la perplejidad del paradojal siglo XX chileno.

Si Salazar escribe desde la inmersión en la historicidad del pueblo, Jocelyn-Holt lo hace desde su inmersión en el mito y la poesía. Comparten, pues, una común perspectiva historicista. Así como también la necesidad de dar sentido como historiadores, dar sentidos al presente desde el pasado, en el juego indisoluble de los tres tiempos históricos. Tienen en común la concepción de la historia como una disciplina humanizadora. La historia, para ellos, es una vocación, una forma de vida, no un oficio que podría haber sido cualquier otro en vez.

Ambos consideran que la producción historiográfica tiene que llegar a amplios sectores de la sociedad chilena, y han desarrollado una fuertísima y dura crítica a la profesionalización de la

historia en departamentos universitarios que se mueven de acuerdo a lógicas que son antitéticas con el llamado a la búsqueda del sentido y de la humanización, y que son contrapuestas a la necesidad de crear vínculos entre el historiador y la sociedad en la que está inmerso.

Comparten, pues, un sentido de la historia como urgencia vital.